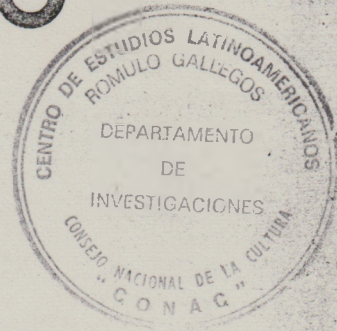


1229

El Nacional Caracas, 11 de Julio, 1976, Papel Literario.

CLAUDE LEVI - STRAUSS

EL CREPUSCULO DE LOS HOMBRES



El riesgo y la grandeza de la tarea intelectual se patentizan en los cuatro volúmenes de las *Mitológicas* del antropólogo Claude Lévi Strauss, cuyo último tomo acaba de incorporarse al español (1). La insignificancia de nuestros habituales debates también se patentiza ante este pensamiento sistemático que durante veinte años se ha aplicado con máximo rigor y documentado conocimiento al análisis de los mitos de los pueblos indígenas de nuestra América, deparando un aporte monumental que no tiene igual en los siglos transcurridos de la historia del hombre. Desde Bello no cesamos de proclamar una independencia intelectual que distamos mucho de haber alcanzado. lo prueba no sólo nuestra incapacidad intelectual para encarar una obra de esta magnitud, sino también la incapacidad complementaria para concederle al menos un puesto central en nuestra preocupación cultural pública.

Cuando, al cerrar *El hombre desnudo*, se termine un viaje de dos mil páginas que, iniciado con el mito del desanador de pájaros de los indios bororo del Brasil central termina con un mito paralelo de los klamath de la región noroeste de los Estados Unidos, habiendo atravesado paisajes inéditos, pueblos desconocidos, culturas elaboradas, auténticas invenciones del pensamiento y de las artes, se ha demostrado, sin duda, "la fecundidad del análisis estructural aplicado a los mitos" pero sobre todo se ha documentado una de las más riesgosas y polemizadas tesis sobre el hombre. En el segundo tomo de su obra (*De la miel a las cenizas*) Lévi Strauss había concluido su razonamiento afirmando que "la enseñanza de los mitos suramericanos ofrece un valor típico para resolver los problemas atinentes a la naturaleza y al desarrollo del pensamiento", lo que daría pie al estudio que Maurice Godelier concedió al candente tema de "Mito e historia"; ahora, al concluir su obra, asciende a una fundamentación universal de lo que hace años Luc de Heusch designara como una "mito-lógica", la cual en estos años que van hacia el fin del siglo, entonan el responso funeral por la aventura humana.

A nuestro siglo le estaba reservada esta magna tarea, que sólo podía haberse emprendido luego de la paciente recopilación de mitos que cumplieran los antropólogos surgidos en el siglo XIX: ellos dignificaron la cultura de las sociedades llamadas bárbaras, primitivas o arcaicas, ellos concedieron valor a las invenciones míticas de los indígenas americanos a las cuales, por uno de los más tristes mementos de la dependencia, nosotros desvalorizábamos respecto a los más prestigiosos y literarios mitos grecorlatinos o asiáticos. Al abrirse el siglo, es James Frazer quien en *La rama dorada* recorda a la

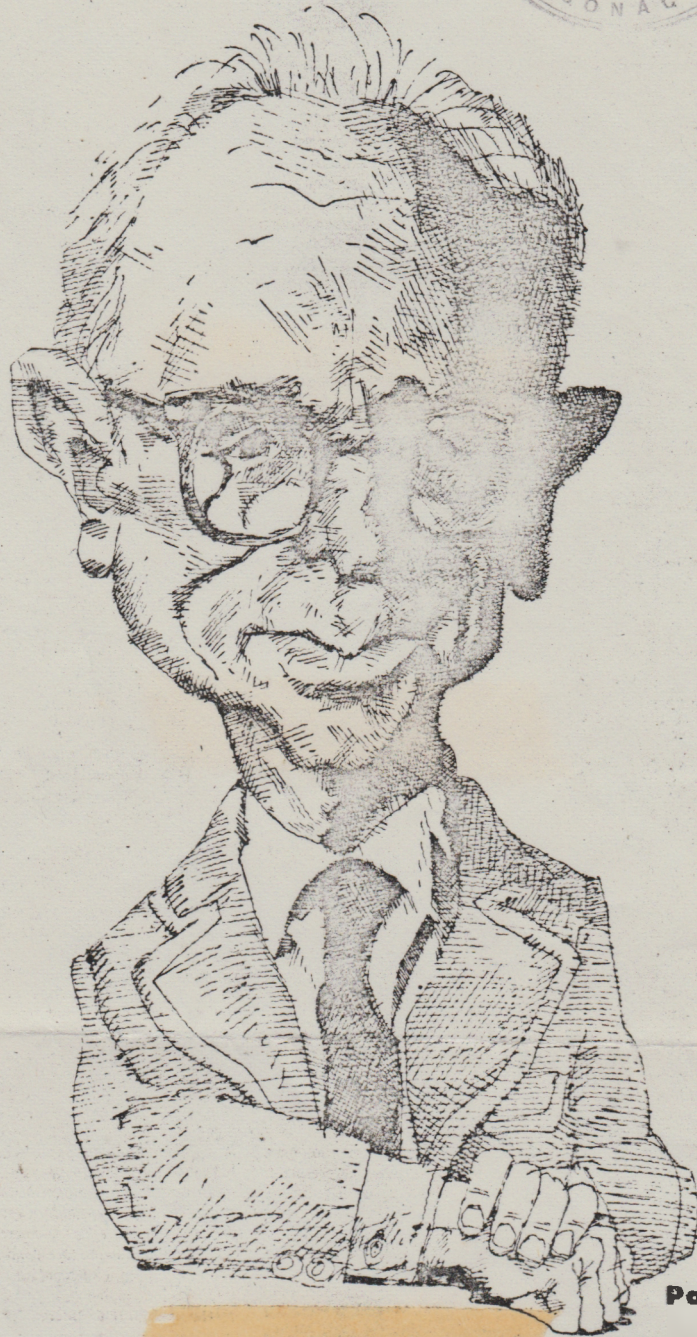


ilustración:

Pancho Greells

do simulando estructuras musicales anun-

En los años cuarenta, el hallazgo de la

acompañar a Román Jakobson en su estu-

A nuestro siglo le estaba reservada esta magna tarea, que solo podía haberse emprendido luego de la paciente recopilación de mitos que cumplieran los antropólogos surgidos en el siglo XIX: ellos dignificaron la cultura de las sociedades llamadas bárbaras, primitivas o arcaicas, ellos concedieron valor a las invenciones míticas de los indígenas americanos a las cuales, por uno de los más tristes mirrefismos de la dependencia, nosotros destvalorizábamos respecto a los más prestigiosos y literarios mitos grecolatinos o asiáticos. Al abrirse el siglo, es James Frazer quien, en *La rama dorada*, procede a la primera sistematización de los mitos desde un punto de vista "contendista" y positivista que hará suyo Sigmund Freud en uno de sus libros menores, *Totem y Tabú*, fijando la interpretación psicológica que sus discípulos prolongaron y a veces enmendaron. Al cerrarse el siglo, otro antropólogo, que procede de la lingüística y de las matemáticas, intentará un comparatismo estructural desde un ángulo "formal" lo que trastorna los estudios de mitología y al tiempo promueve un áspero debate con los teóricos religiosos y asimismo con los filósofos, a la cabeza de los cuales Jean Paul Sartre, ¿Qué ha ocurrido? Repentinamente todos han tomado conciencia de que lo que está en cuestión es el hombre mismo. Si no se trata, obviamente, de la extinción de la especie, si se trata del fin de una concepción del hombre, la cual sigue animando la mayoría de nuestros sentimientos y pensamientos.

Si Freud era todavía tributario de la concepción del "yo" que manejó el historicismo romántico, Lévi Strauss partirá de la hipótesis del antropólogo inglés Tylor ("La ciencia moderna tiende cada vez más a la conclusión de que si hay leyes en alguna parte, debe haberlas por doquier") lo que le llevará por una parte a la fundamentación científica de los estudios antropológicos y por otra a la disolución del "yo": "La consistencia del yo, afán mayor de toda la filosofía occidental —dice al concluir *El hombre desnudo*— resiste a su aplicación continua al mismo objeto que lo invade entero y lo impregna del sentimiento vivido de su irrealidad". Al concluir su recorrida ha mostrado inesperados sentidos adheridos a los mitos, ha destacado su importancia como sistema pensante, ha propuesto una interpretación unificadora de todas las culturas de América recontando sus múltiples operaciones, pero sobre todo ha intentado despejar las categorías supraindividuales de la naturaleza y la cultura presentando a los hombres como los operadores de las leyes del psiquismo, reintegrados todos dentro del mito único que los conforma antes de su extinción.

Es sabida la pasión de Lévi Strauss por la música. En su ensayo famoso de su primera *Antropología estructural* (1958) estableció una correspondencia estrecha entre la lectura de un mito y la lectura de una partitura musical; el primer tomo de sus *Mitológicas (Lo crudo y lo cocido)* fue admirablemente construi-

do simulando estructuras musicales anunciadas por los subtítulos: Tema y variaciones. Fuga de los cinco sentidos. La astronomía bien temperada. Sinfonía rústica en tres movimientos. En *El hombre desnudo*, donde ofrece, de paso, una espléndida lectura del *Bohéro* de Ravel, confiesa llanamente: "Emprendí estas *Mitológicas* plenamente consciente de que procuraría con ello compensar, con otra forma y en un dominio que me fuese accesible, mi impotencia congénita para componer una obra musical". Como es de rigor, concluye con un largo "Finale" que es, visiblemente, un "allegro con fuoco": es su canto a la inteligencia, su deamburramiento ante la capacidad contrapuntística de la mente humana, es su canto a la razón de la especie de la que nunca quiso apartarse, como uno más de los pensadores materialistas del XVIII. Pero dado que está en el final de una tetralogía, como la muy famosa del maestro de Bayreuth, establece una analogía que enlaza ambas hazañas separadas por un siglo.

Como Wagner, Lévi Strauss siente que debe concluir su tetralogía con un *Crepúsculo*, que ya no será el de los dioses que aquel canto y que parecía anunciar el advenimiento de una humanidad feliz y liberada, sino el crepúsculo de los hombres, la anticipación de que, algún día, dejarán de ser y con ellos esos miles y miles de años en que sin cesar trazaron complejas líneas interpretativas con ayuda de sus mitos chorreantes de significación. Alguna conexión puede percibirse entre este pensamiento y el que extrajo Michel Foucault de su recorrida por los estratos del saber en *Las palabras y las cosas*. Pero este "Finale" es jubiloso, casi un alulva a pesar de que canta un acabose. Desde la perspectiva intemporal del autor, no hay aquí acento doloroso posible: es otra transmutación del universo donde el hombre se sitúa nuevamente en un orden, se sume en las estructuras que maneja como sutil operador, reconvierte la experiencia distinta de cada día al orden universal. La identidad personal, desde esta perspectiva, será un "pobre tesoro" y los filósofos (es otra vez la polémica con Sartre que conocemos desde *El pensamiento salvaje*) unos tristes seres que prefieren "un sujeto sin racionalidad a una racionalidad sin sujeto".

En los años cuarenta, el hallazgo de la teoría fonológica de Trubetsky deslumbró a Lévi Strauss y le permitió organizar su investigación sobre *Las estructuras elementales del parentesco* (1949). Por primera vez encontraba, en las llamadas ciencias humanas, un auténtico sistema de leyes, pasibles de aplicarse por debajo de la vigilancia consciente y también de extrapolarse a otras zonas de la vida social: de ahí procedió su explicación del "tabú" y del "incesto", así como del "totemismo". Mediada su prolongada tarea científica, fue del descubrimiento del código genético el que fortaleció las bases (ampliadas al mundo físico-químico) de un proyecto que no dejó de absorber también la teoría estereoquímica de los olores, los estudios de Wentworth Thompson sobre crecimiento y formas, en un modo a veces imprudente, como apoyos imprevistos traídos desde afuera.

Como buen investigador, no ha dejado de discutir con sus críticos. Con las religiones; (a las cuales dirá que los mitos "no acuden al rescate de ideologías extenuadas"), con los filósofos ("me reprochan que el añadido de sentido que saco de los mitos no es el que les hubiera gustado encontrar"); con los ejercitantes literarios de lo que llama, agudamente, el "estructuralismo-ficción" ("una desverguenza sumaria y mal digerida"); con los defensores del inefabilismo sentimental de las ideas: "no desconozco la importancia de la vida afectiva. Lo que pasa es que me niego a dimitir ante ella y a abandonarme en su presencia a esa forma de misticismo que proclama el carácter intuitivo e inefable de los sentimientos morales y estéticos y hasta pretende a veces que iluminan la conciencia independientemente de toda aprehensión de su objeto por el intelecto".

Aunque en los dos volúmenes de su *Antropología estructural* pueden encontrarse textos teóricos claves, lo mejor de su pensamiento surge a lo largo de su trabajo específico como efusiones marginales. La recopilación de sus observaciones metodológicas, de sus rápidas teorías a veces adelantadas como meras hipótesis, daría un libro de suma utilidad para muy diversos especialistas. Efectivamente, del mismo modo que fue capaz de

acompañar a Román Jakobson en su estudio de un soneto de Baudelaire, fijando un modelo de investigación poética, la aportación de Lévi Strauss desborda el campo restringido de la etnología y enriquece el de la semiótica. Contestando a quienes lo acusan de construir una sintaxis vacía, dirá: "Nada hay de que asombrarse, pues, si los filósofos se sienten fuera del juego: lo están, en efecto; el alcance de la empresa se les escapa a diferencia de los semiólogos y los etnólogos, más directamente envueltos, y que se quedan los unos con la forma, los otros con el contenido".

Podrá haber quien, como la antropóloga Mary Douglas, leyendo el análisis de "La gesta de Asdiwal" se sienta defraudada por el sentido que concluye develando el mito, pero pocos dejarán de percibir, como ella, el pasmoso ejercicio de la inteligencia. Esa luz intelectual no es sólo la de un investigador científico de la segunda mitad del siglo XX, sino, a la vez, la de los indios Tsimshian de la costa canadiense del Pacífico que han creado las numerosas versiones de ese mito y que usándolo como una eficaz herramienta intelectual han podido pensar con él, desde un punto de vista geográfico, tecnocómico, sociológico y cosmológico, la situación de su pueblo. Después del análisis de Lévi Strauss le será difícil a ese hombre, ciudadanamente pretendidamente civilizado mirar con desprecio al hombre indígena. No es esta una revelación nueva en la antropología, ni en el pensamiento de Lévi Strauss, y a ella se le deben algunas envidiosas páginas de *El pensamiento salvaje*. Pero el campo en que mejor lo ha expresado el antropólogo francés es en sus recorridas del arte (para lo cual conviene consultar su singular libro reciente *La voz de los masques*) y en sus análisis de esas esculturadas creaciones que llamamos "mitos": es allí donde se honra, con mayor provecho, la tarea intelectual del hombre, no importa la cultura o la situación en que se encuentre. Para el anunciador del "crepúsculo de los hombres" no es poco homenaje este que ha rendido a la espuma.

(1) *El hombre desnudo*, México, Siglo XXI Editores, 1976, 607 pp. traducción de Juan Alameida.